

Barreras

Abuelo y nieto miraban cómo golondrinas y aviones rasgaban el aire engullendo insectos, mientras partían en dos el rosado anaranjado sol del crepúsculo.

-Abuelo! Quiero bailar, ¿cuéntame?

El abuelo inspiró profundamente, miró el horizonte por encima de los girasoles y recordó:

-Bailar es camaradería. Sudar ensayando hasta la extenuación y brindar con el porrón lleno de vino mientras cae el sol, en algún corral de adobe.

>Bailar son mariposas volando en tu barriga, chocando y saludando a un enjambre de avellanas al otro lado de mi abdomen.

>Bailar es creer que ya no puedes más, que vas a desfallecer antes de entrar en la iglesia y, con la inyección de griterío y vivas de mil voces (o una sola que es el pueblo) levantar los brazos, golpear las castañuelas en cada impásse y creer que podrás conquistar la misma Roma, si tienes a todos detrás.

>Bailar es ser único por un instante en la eternidad. Ser hermano de siete iguales, de siete más tú mismo que suman uno sólo. Brindar 9 manos a lo alto, deseando que ese momento no pase nunca.

>Bailar también es acabar la fiesta, la alegría y la vida. Ver partir a los hijos e hijas del pueblo. Dejarles marchar hacia mil lugares, mil trabajos y mil hogares. Y esperar once largos meses para volver a encontrar a todas las almas de Villafrades, sin saber con certeza si serán las mismas.

Una pequeña y ligera lágrima surcaba la dura cara del abuelo. En ella se reflejaban el minúsculo trozo de sol que desaparecía por la silueta de la parva.

-Abuelo! Mañana quiero bailar otra vez.

El abuelo se secó la lágrima, quitó el freno de la silla de ruedas de su nieto y se adentraron en el pueblo, mientras repiqueteaban a lo lejos sonidos de palos.

El campesino